

La prosa breve de Roberto Bañuelas

DAVID GUTIÉRREZ FUENTES

Roberto Bañuelas, además de ser un genuino artista en el más amplio y humano concepto que esta palabra tiene hoy en el sofocante medio de las especializaciones que nos complican la existencia, es ante todo un querido maestro y amigo dueño de un sentido del humor que decanta, más allá de cualquier pose, una genuina melancolía por el devenir de esta esfera de contradicciones que llamamos mundo.

Hace poco más de seis años, René le sugirió publicar su novela *El valle de los convidados de piedra* y fue así como me

di a la tarea de trabajar estrechamente con este artista de tiempo completo. Fueron dos o tres las veces que nos dimos cita en su casa en San Jerónimo. En esos primeros acercamientos tuve la oportunidad de descubrir a una persona sencilla y amable, receptiva a las sugerencias editoriales y escrupulosamente puntual en los tiempos de trabajo acordados. Eso en cualquier actividad se agradece.

Por supuesto que estos atributos generan confianza. Y si quien los tiene posee además virtudes como las de la elocuencia y la cordialidad, no es difícil que la amistad surja en cualquier momento y de manera espontánea. Así me hice amigo del maestro Bañuelas, trabajando. Tan pronto cerrábamos el capítulo de las revisiones a la edición de su libro, abría-



mos el de la conversación de todo y de nada en el que el maestro, lo digo sin ningún sarcasmo, se desenvuelve muy bien. Aunque no fueron muchas, sí fueron suficientes las tardes que hablamos obviamente de política, los tejidos sobre los que se entrelaza el drama nacional le interesan al maestro como a cualquier persona sensible, pero también de música, literatura y pintura.

No es extraño que Roberto Bañuelas cultive las tres expresiones artísticas de manera única. Los caminos del arte son de los más confluidos cuando existe inconformidad, tampoco es extraño que las veredas se crucen o confluyan en paralelo cuando la inquietud y la necesidad de expresión requieren diversos cauces.

De los creadores que me vienen a la mente incursionando en dos o más actividades artísticas recuerdo a Henry Miller, Augusto Monterroso, Fernando del Paso, José Luis Cuevas, Carlos Bracho y Carlos Montemayor, discípulo de canto de Bañuelas, según me enteré después.

En el trabajo literario de Roberto Bañuelas, hay una constante reveladora: la melancolía. Machaco en esto porque hasta hace todavía unos años dos generaciones de narradores de todo el mundo se refocilaron en el desencanto hasta convertirlo en diferentes marcas registradas. Cuando el desencanto es el medio y el fin, podemos entonces referirnos a modas. No es el caso de Bañuelas. Más allá del plano editorial, confieso que como lector me gusta más su prosa breve. En ella condensa con verdadera singularidad su visión melancólica del mundo. A veces lo hace en relatos breves alineados a la fórmula: principio, desarrollo y fin; en ocasiones nos introduce a diálogos en los que el contexto es lo de menos; otras veces son aforismos los que nos sacuden por su meditada contundencia. También se desenvuelve con éxito en eso que Monterroso llamó "ensayo brevísimo". Condensar en un párrafo, un enunciado, un diálogo o un monólogo breve los enormes desajustes del mecanismo que mueve al mundo, es una labor de sobrevivencia personal.

Ser optimista en la actualidad es, lo han dicho desde psicoanalistas hasta taciturnos bebedores de café (especie en extinción, añadiría para sintonizar la frecuencia de Bañuelas) un síntoma de neurosis. La melancolía de Bañuelas, si bien refleja un estado muy particular de la condición del ser, con-

tiene anticuerpos, y sigo refiriéndome a su prosa, que le abre vetas a la luz y eso siempre será agradecerle en cualquier artista de cualquier tiempo, incluso en los tiempos más sombríos como los que hoy vivimos.

Finalizo esta lectura con cuatro extractos de las Crónicas del desmundo que Roberto Bañuelas publica en la revista Universo de El Búho.

1

Si en las librerías se vendió sólo una docena de ejemplares de tu libro de poemas, no te queda otra alternativa que, confundido con otro vendedor ambulante, lleves en una canasta (como alguna vez le hizo Walt Whitman) un centenar de volúmenes y los ofrezcas, como exaltado profeta, a los entusiastas de la piratería.

2

Un escritor realista quiere ver la existencia como no puede ser. Todas las palabras empleadas se agregan a una realidad indiferente que no se deja sobornar con conceptos y metáforas al servicio de hueca poesía. En oposición retórica, el escritor babelizante escribe para inventar un mundo que nadie habita.

3

Desde su juventud, con insistencia de poseso, deseó la fortuna y el poder. Dueño de una empresa próspera y de una familia sometida, como patriarca sexagenario, alcanzó a esa edad el triunfo de una omni-impotencia sexual.

4

Al poeta que siempre sueña lo que escribirá mañana, la vida le roe la juventud y lo que va quedando de ella. Fumar la pipa, beber café y hacer la suma de los orgasmos jubilosos, es más fácil que hacer coincidir la métrica y las rimas con la belleza y la verdad.

Por último, más que felicitar, quisiera agradecerle a Sebastián, a René, a Mario, a Carlos Montemayor, a Pura López Colomé y a los amigos de Roberto Bañuelas, su disposición para homenajear en vida, como deben ser los homenajes, a un artista que simple y sencillamente se lo merece. ■

dgfuentes@hotmail.com